



# EL AGUA DE SUBIZA.



## APUNTES HISTÓRICOS

### I.

Grande alborozo reinaba en Pamplona en la madrugada del día 29 de Junio de 1790.

Todos los años á la verdad era esperada con impaciencia y saludada con júbilo la festividad de San Pedro por la poblacion entera, ya engalanada para las próximas fiestas de San Fermin, y por los numerosos forasteros que iban llegando para disfrutar de las corridas de toros, comedias, danzas y demás diversiones públicas y privadas y para aprovecharse como compradores ó como vendedores, de la famosa fêria franca que con el citado día daba comienzo; mercado singular que desde el año 1381 venia realizando por espacio de veinte días una libertad de comercio tan absoluta como pudiera soñarla el más intransigente libre-cambista de nuestro tiempo. Tan absoluta era, en efecto, esa libertad, que en el pregon que anualmente se publicaba, anunciando las exenciones y libertades que durante el referido periodo de los veinte días gozarian los feriantes y comerciantes que entraren y salieren, se ordenaba que «ni por ocasion de guerra comenzada ó por comenzar, ni por otra cualquiera causa, razon ó respeto, no puedan ser impedidos, prendados, arrestados, detenidos ni

ejecutados en sus personas ni bienes en este Reino, al venir, morar, residir ó volver, durante el término de los veinte días, y para este efecto manda (S. M.) que todas y cualesquiera gentes de cualquier ley (religion), estado, grado y condicion, que se hallen con mercaderías, mercerías, empleos, animales, ganados mayores y menores vengan y puedan venir salva y seguramente por todo el Reino, con toda franqueza y libertad, haciendo de ellos lo que quisieren segun su voluntad; y para que las dichas gentes no tengan materia de dudar de venir al Reino y feria, S. M. (que Dios guarde) los pone y recibe á perpétuo debajo de su salvaguardia, proteccion y amparo real, con todas sus haciendas y empleos.»

No eran, sin embargo, las fiestas ni la feria que acababan de inaugurarse, el objeto de la preocupacion general el día que hemos señalado. A ese acostumbrado motivo de animacion se agregaba aquel año otro insólito de regocijo en muchos, de inquietud en algunos, de curiosidad en todos. Y grupos compactos se dirigian desde ántes de amanecer á las afueras de la puerta de San Nicolás, y cruzándose ó mezclándose con las alegres cuadrillas de jóvenes que con acompañamiento de guitarrillos y bandurrias habian celebrado al raso la velada de San Pedro, llenaban los fosos y se estendian por los prados inmediatos á la izquierda del último rastrillo. ¿Cuál era la causa de aquella extraordinaria aglomeracion de gente? ¿Cuál el asunto de las bulliciosas conversaciones y disputas de los grupos?

## II.

Habíase ya para entónces señalado la ciudad de Pamplona entre todas las de la península por su cultura, su aseo y su inteligente administracion, que se citaba como un modelo digno de imitarse. Terminada en 1773 la obra del alcantarillado general y estimulado el regimiento de la ciudad por el aplauso universal, meditaba otras de nó menor importancia como regularidad y alineacion de las calles, empedrado, alumbrado, vigilancia nocturna, etc., y lanzado resueltamente en la carrera de los adelantos y de las mejoras, dedicaba a la higiene, á la policía urbana y rural y al ornato público una atencion que ciudades mucho más ricas y populosas no les han concedido hasta un siglo más tarde.

Tropezaban tan nobles propósitos con un obstáculo de gran mon-

ta, cual era la dificultad de proporcionarse con comodidad agua potable de buena calidad y en la cantidad que exigían las necesidades del vecindario, siendo insuficientes las fuentes y pozos que existían. Un río bastante caudaloso de ordinario lamía sus murallas, pero había que bajar á recoger el agua á un punto distante, aquel en que el Arga hace su primera aparicion junto á la ciudad y en que por consiguiente se presenta en el mayor grado de pureza. Desde ese punto, inmediato al molino de Caparroso, hoy fábrica del Sr. Pinaqui, en el que todavía se conserva una escalerilla de piedra que servía para bajar al lecho del río, se subía el agua á lomo por la penosa cuesta de la Tejería en comportas que se vaciaban en tinajas de que estaban provistos todos los vecinos y en las que se la dejaba reposar. Hábia, pues, que evitarles esas molestias, haciendo que el agua viniera á la inmediacion de las viviendas y que se presentase en raudales, y á todas horas á las puertas de las casas, en vez de tener que ir á traerla desde el río comporta por comporta. Pero de dónde hacerla venir? A dónde ir á buscar que fuera de calidad superior y que se hallase á una distancia asequible? Se recorrieron las cercanías, se propusieron varios proyectos, y despues de muchos tanteos, controversias, meditaciones y consultas, se decidió tomarla en las montañas de Subiza.

No se ocultaban seguramente á los que con tanto esmero regian la ciudad, las dificultades y contrariedades de varios géneros que á la realizacion de su pensamiento habian de oponerse; dificultades materiales originadas por la distancia de los manantiales y por lo accidentado del terreno que los separa de la ciudad; oposicion en muchos de los vecinos asustados de la magnitud de la empresa, recelosos respecto á su resultado y temerosos de los gravámenes que su ejecucion impondria á las siguientes generaciones, imposibilitándolas para emprender obras menos costosas y quizás más necesarias. Y á la verdad no dejaban de ser disculpables esos temores y desconfianzas, pues, (como luego se vió) la proyectada traida de aguas exigía obras tan poco comunes en aquel tiempo como la construccion de un acueducto de 97 arcos y dos paredones por mangas de 2.300 piés de longitud y 70 de elevacion, la de otros tres puentes y la de cinco minas ó como hoy decimos, túneles, para lo que había que perforar monte, en la estension de más de una legua. Mas una vez persuadidos aquellos discretos varones de la conveniencia de su propósito, que tan detenidamente habian meditado, resistieron con valor las censuras y los epigramas, y

solo se cuidaron de inquirir los medios más eficaces para asegurar el éxito de la empresa. Con este objeto confiaron el trazado al célebre arquitecto D. Ventura Rodríguez, cuya pericia acreditaban varias construcciones notables que habia ideado y dirigido en la Côte, una de ellas, la casa, hoy cárcel del Saladero, y que tambien era autor de la bella fachada Greco Romana de nuestra Catedral que á la sazón se estaba ejecutando. Vino á Pamplona el renombrado Maestro, y practicando personalmente los prévios reconocimientos del terreno y las operaciones necesarias, levantó los planos, redactó las instrucciones convenientes que adicionó despues con varios diseños, y volvió á Madrid, quedando encargados de la ejecucion de los trabajos los arquitectos D. Francisco Alejo de Aranguren y D. Angel Santos de Ochandategui que ya lo estaban de los del fróntis de la Catedral. Dieron principio las obras en la primavera del año 1783 y continuaron bajo la direcció de ambos. Maestros hasta el 15 de Setiembre de 1785 en que murió Aranguren, refundiéndose desde entónces todo el peso de la direcció en D. Angel Santos de Ochandategui, hasta la conclusion de la obra, ó sea hasta la llegada de las aguas de Subiza á las puertas de la ciudad. Este era el suceso que, como hemos visto, ponía en conmocion á los pamploneses y á sus huéspedes en la mañana del 29 de Junio de 1790. Y no es maravilla que todos salieran afanosos á saludar á las deseadas aguas; no sólo por la importancia del suceso que venía á señalar una nueva era en la historia de la ciudad, influyendo notablemente en la prosperidad del pueblo y en el bienestar y en las costumbres de las familias, sino tambien porque ponía término á las dudas é incertidumbres que acerca del resultado de la vasta empresa manifestaban no pocos, inspiradas tal vez por prevenciones ó rivalidades personales.

